

CAPITULO


CENTRO
EDITOR
DE AMÉRICA
LATINA

la historia de la literatura argentina

21

Cané y Wilde

La "prosa ligera" y la ironía:



CAPITULO

la historia de la literatura argentina

21. La "prosa ligera" y la ironía: Cané y Wilde

Este fascículo ha sido preparado por la profesora Susana Zanetti, redactado en el Departamento Literario del Centro Editor de América Latina, y ha tenido una lectura final a cargo del profesor Adolfo Prieto.

CAPITULO constituirá, a través de sus 56 fascículos, una Historia de la Literatura Argentina, ordenada cronológicamente desde la Conquista y la Colonia hasta nuestros días. El material gráfico con que se ilustrará la Historia, estrechamente vinculado con el texto, brindará a los lectores una visión viva y amena de nuestra literatura y del país. Cada fascículo será, a su vez, un trabajo orgánico y completo sobre un aspecto, tendencia, período o autor de nuestras letras.

En CAPITULO N° 22:

EL NATURALISMO Y EL CICLO DE LA BOLSA

- LA NOVELA NATURALISTA ARGENTINA
- LAS NOVELAS DE EUGENIO CAMBACERES
- EL CICLO DE LA BOLSA
- JULIAN MARTEL Y LA BOLSA
- LA TEORIA NATURALISTA
- TECNICA NARRATIVA DE OCANTOS

y junto con el fascículo, el libro
SIN RUMBO, de Eugenio Cambaceres



Wilde. — Amigo Julio, ¡qué recuerdos me traes de aquellos tiempos con todas estas cosas antiguas!

Roca. — No, ché, no son antiguas. ¡Es que las modas vuelven!

La “prosa ligera” y la ironía: Cané, Wilde

Si la formación y consolidación del género novelesco fue una de las características más significativas de la llamada “generación del 80”, la prosa ligera, fragmentaria, el rasgo autobiográfico, el tono coloquial y la ironía mundana que fueron características de un Mansilla, constituyen otra veta, no menos notable, de la literatura de esta época. Después de Mansilla, dos hombres representan esta tendencia de modo ejemplar. Son Miguel Cané (1851-1905) y Eduardo Wilde (1844-1913). La importancia de la obra de ambos exige un estudio por separado. Si el aspecto autobiográfico puede ser un elemento auxiliar en el estudio de la obra de cualquier escritor, en estos casos se hace mucho más necesario, pues en ambos, y de acuerdo con la modalidad típica de esta corriente, vida y obra se reflejan de modo casi directo, tal como ocurría con Mansilla. Conviene, pues, en ambos escritores, trazar aunque solo sea someramente, un bosquejo biográfico previo a la consideración de sus obras.

Miguel Cané. — Datos biográficos:

El padre de Cané, Miguel, se desterró voluntariamente al Uruguay durante el gobierno de Rosas. Amigo querido de Alberdi, Gutiérrez y M. Avellaneda, y destacada figura del movimiento romántico argentino, se encuentra en París cuando recibe la noticia del nacimiento del segundo hijo de su matrimonio con Eufemia Casares. En efecto, el 27 de enero de 1851 nace en Montevideo el autor de *Juvenilia*. El niño recibe el mismo nombre del padre y quizás también hereda de él la admiración por Europa, la vocación de escribir y una “lucha eterna contra el fastidio”. Después de Caseros su familia se traslada a Buenos Aires, que es aún la gran aldea de calles mal empedradas, de las lavanderas a orillas del río y las quintas arboladas. En 1863 muere su padre y a los tres meses ingresa al recién fundado Colegio Nacional. Dos presen-

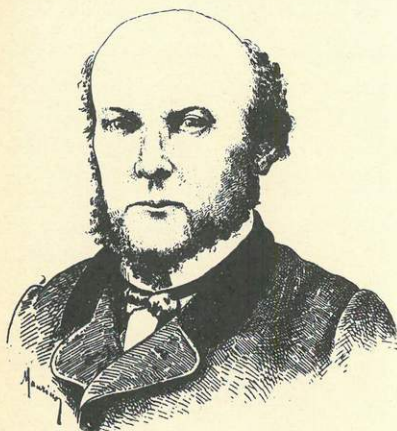
cias que lo entusiasman moldean su personalidad: el profesor y luego rector del Colegio, Amadeo Jacques, y los folletines. Jacques le descubre las modernas corrientes del pensamiento, especialmente el positivismo, y en los segundos —Dumas, Pérez Escribá— da los primeros pasos de lector incansable y acucioso. Más adelante se anuncian otros rasgos de su vida futura: la sincera pasión por la música, el ateísmo —suavizado luego por cierto deísmo— y la vocación periodística. Los diarios manuscritos redactados con sus discípulos y notas sin firma aparecidas en *La Tribuna*, signan al futuro escritor. El periodismo dará sencillez y espontaneidad a su prosa y fomentará su curiosidad abierta a todo. Y, como a otros escritores de su época, lo preparará para convertirse en el cronista de su generación, de su país, y de sí mismo.

Cumplidos los 17 años abandona las aulas. No con mucho entusiasmo comienza su carrera de abogado, entusiasmo que en cambio vuelca en sus tareas de redactor de *La Tribuna*, diario que pertenece a sus parientes, los Varela, y que no está lejos del pasquín y, por lo tanto, del estilo agresivo y mordaz. Este cargo le proporciona una de las grandes alegrías de entonces: acompañar a Entre Ríos a su admirado presidente Sarmiento, en la visita a Urquiza que realiza en febrero de 1870.

Poco después abandona el país, cuya situación se ha enturbiado con el asesinato de Urquiza. Cané va a conocer en Europa esa vida que “... una vez que se ha probado, con todas sus delicadezas intelectuales y con su confort material, aparece como la única existencia lógica para el hombre sobre la tierra...” (*En Viaje*, cap. II). Europa es para él —como para muchos de su generación— el centro cultural soñado, mezcla de club, museo y sala de música. Cuando regresa en 1871 es ya el asiduo elegante del Club del Progreso y de las



Miguel Cané



Amadeo Jacques

veladas del Colón, que frecuenta diariamente a la élite porteña, donde están sus amigos. Aunque adherido a la doctrina liberal y al positivismo, algunas páginas de entonces, reflejan cierto escepticismo frente a la democracia —acentuado con los años— y cierta amargura ante el sentimiento de pequeñez de su generación frente a la anterior. Ingresa al partido Autonomista donde ya se han alistado sus amigos Del Valle, Roque Sáenz Peña, los Varela, y en 1873 dirige *El Nacional*, que apoya la candidatura de Avellaneda. Con el triunfo de éste inicia su segundo viaje a Europa (1874). Las cartas y artículos de estos días revelan crisis espirituales.

Al regreso se casa con Sara Beláustegui, y es diputado provincial. Sus compañeros de club actúan a su lado en el Congreso, su amigo Aristóbulo del Valle es ministro de gobierno, y el amigo de su padre, Nicolás Avellaneda, preside el país. En los debates se muestra anticlerical y proteccionista en economía. En 1876 ocupa una banca en el Congreso Nacional junto a Mansilla, Wilde, V. F. López. Sus artículos periodísticos y sus intervenciones en la Cámara revelan libertad de criterio, y no vacila en atacar y criticar los actos de gobierno de Avellaneda. También Sarmiento es a veces el destinatario de sus críticas en sus artículos de *El Nacional*. Aunque cree que “publicar un libro en Buenos Aires es como recitar un verso de Petrarca en la Bolsa de Comercio”, edita en 1876 sus *Ensayos*. En ese mismo año nace su primer hijo y obtiene por fin el título de abogado, alegrías que se nublan poco después con la muerte de su esposa. El dolor y la apatía lo llevan a la soledad, de la cual reacciona en 1879 cuando publica en *El Nacional* su carta a Hernández sobre *La vuelta de Martín Fierro*, y su violento ataque a su amigo Ricardo Gutiérrez por su poema “El fraile”.



Miguel Cané cuando era estudiante del Colegio Nacional

Aquí asume la defensa del liberalismo progresista, haciendo gala de radical anticlericalismo.

El gobierno nacional atraviesa una situación difícil: Avellaneda es tratado como mero huésped del poder provincial. Roca, candidato a la presidencia, es la sombra que persigue las posibilidades de Tejedor a la primera magistratura. Se acude a Sarmiento para contrarrestar la crisis pero, cuando su proyecto de intervención a Jujuy es vetado, renuncia. Cané, ausente en la sesión del veto, pronuncia en la siguiente un discurso para defender al autor de *Facundo*. La admiración por Sarmiento — hombre y escritor —, salvo disidencias circunstanciales, fue constante en Cané.

Desilusionado de la política, abandona la Legislatura. Viaja a Chile y Perú en busca de su amigo Roque Sáenz Peña que combate junto a los peruanos en la dolorosa guerra del Pacífico declarada en abril de 1879. Detrás de este sincero motivo lleva la misión del gobierno argentino de informarle sobre las intenciones chilenas. A pesar de las dificultades que le oponen los chilenos para llegar a Perú, consigue su propósito: abrazar a su querido Roque en Arica. Manda notas a *El Nacional* sobre el conflicto. “La guerra del Pacífico fue el primero de los graves errores cometidos por Chile en los últimos cuatro años —dice en *En Viaje*—... veo que los acontecimientos han justificado mis previsiones, cuando auguraba la victoria de Chile y no veía más medio de poner término a la lucha que la interposición amistosa de los países que se encontraban en situación de ser oídos por los beligerantes”. Esta idea motiva su viaje a Lima y su posterior actuación como embajador argentino en Venezuela y Colombia.

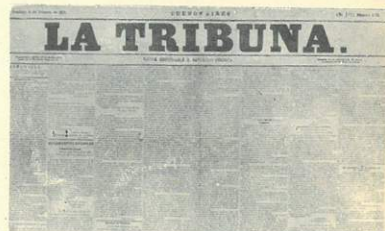
Las elecciones agitan otra vez a Buenos Aires, Tejedor se levanta en armas y el presidente Avellaneda debe establecer su sede en Belgrano.

Cuando los fuerzas nacionales han resuelto el conflicto, Cané acompaña a Del Valle, Bernardo de Irigoyen, Wilde —entre otros— en la fundación del partido nacional en apoyo de Roca. Ha abandonado las filas del autonomismo para seguir al grupo que rodea al presidente Roca. Electo diputado provincial, ocupa el cargo poco tiempo pues, en 1881, parte como embajador argentino ante Venezuela y Colombia. Es su secretario el joven Martín García Mérou. Se inicia entonces una amistad entre ambos, casi de padre a hijo, que durará toda la vida.

Se dirige previamente a París y a Londres. Aquí la aristocracia del Covent Garden lo deslumbra. Cané reconoce poco después —en *En viaje*— que tanto él como sus amigos liberales eran “...republicanos en la vida política, esencialmente aristocráticos en la vida social”.

En setiembre llega a Caracas donde permanece cuatro meses. La capital venezolana lo aburre, y para entretenerse lee y escribe. Nace así *Juvenilia*. Tiene entonces 30 años apenas y se nos presenta escéptico, eternamente quejoso y fastidiado. El 13 de enero de 1882, luego de una penosa travesía por el río Magdalena y los Andes colombianos —registra en *En Viaje*—, llega a Bogotá. La amable sociedad bogotana le encanta y cuando habla de Colombia en *En viaje* advertimos su cariño: a ningún otro país ha descripto tan largamente. Reencuentra en la capital colombiana ciertos aspectos tradicionales que la pujante y creciente Buenos Aires va perdiendo, y que cada vez le son más caros.

Cuando el gobierno argentino le notifica que ha resuelto los problemas limítrofes con Chile, que la mediación americana no interesa, pide a Roca cambio de destino y se le acuerda finalmente la legación ante Austria y Alemania. Deja entonces Bogotá, donde se le conoce como el “Ché” Cané y donde se ha granjeado



Primera página de La Tribuna (6-2-1870)



Primera página de El Nacional (24-7-1879)



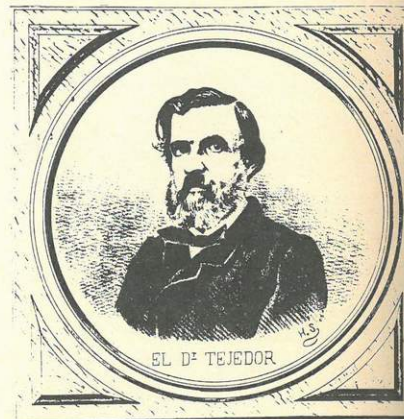
Roque Sáenz Peña (caricatura de Cao, en Caras y Caretas, 1-12-1900)

con su simpatía, elegancia y gracia de *causeur*, el aprecio de la sociedad colombiana. Al pasar con el barco por Panamá reflexiona sobre el canal cuya construcción encara el francés Lesseps, y sobre la tendencia expansionista de los Estados Unidos, país que en seguida visita y cuya sociedad y estilo de vida mira con desagrado. "América para los americanos", he ahí la fórmula precisa y clara de Monroe. ... ¿Qué significado actual, real, positivo, tiene hoy, pues, la famosa doctrina? Simplemente éste: la influencia norteamericana en vez de la influencia europea, el comercio americano en vez del europeo, la industria americana en vez de la europea ... "(En viaje, cap. XIX).

En setiembre de 1882 se hace cargo de su nueva legación. Su vida diplomática es ahora "seriedad, monotonía, etiqueta... La ópera me indemniza" — escribe a García Mérou aún en Bogotá. Retoma sus apuntes de viaje para concluirlos. En una breve escapada a París en 1883 es recibido por uno de los escritores que más ha admirado: Víctor Hugo. Pero como casi siempre los grandes hombres vistos de cerca decepcionan, Hugo, rodeado de aduladores y repitiendo frases ya leídas en sus libros, no es excepción. Al mes está en Buenos Aires, con la esperanza de que sus amigos convengan a Roca para que lo cambie de residencia, pues su salud se resiente con los fríos germanos. Regresa sin lograrlo.

Sólo lo distraen las cartas de García Mérou — ahora en la legación española —, que llegan entusiastas de la literatura hispana. Cané, fiel hasta entonces a otro de los rasgos de su generación, es indiferente frente a la literatura de la madre patria y francamente opuesto al país que considera símbolo del fanatismo religioso. Pero cuando lee *Sotileza* comienza a variar sus juicios.

La aparición de *En viaje* y *Juvenilia* en 1884, y la traducción que empren-



Carlos Tejedor (dibujo en el Semanario de Literatura)

de del *Enrique IV* de Shakespeare — a la sazón todavía no vertido al español — reducen su tedio. Es de entonces su artículo "David Copperfield" sobre su admirado Dickens, y los capítulos primeros de un proyecto de novela pronto abandonado. Al año siguiente publica sus *Charlas literarias* y con increíble alegría abandona Viena rumbo a España, donde se la ha nombrado embajador. Sólo le preocupa la noticia de que su amigo Pellegrini haya aceptado ser vicepresidente de Juárez Celman de quien nunca fue realmente adicto, como así tampoco del general Roca.

En España cambian sus ideas sobre la literatura y el pueblo español. La hispanofobia se convierte en hispanofilia. Velázquez lo apasiona al punto de comenzar un ensayo sobre su pintura. Dedicado al mundo de la diplomacia, a las reuniones sociales madrileñas, se interesa poco en relacionarse personalmente con las figuras de la literatura y el arte. Nunca irá a abrazar a Pereda como prometió entusiasmado a García Mérou, y el nombre de Pérez Galdós o el de Clarín — que por estos años publica *La Regenta* — parecen haberle pasado inadvertidos.

Resentida nuevamente su salud por los fríos madrileños vuelve a pedir traslado sin lograrlo. En 1892 regresa al país. Luis Sáenz Peña lo nombra intendente municipal al asumir la presidencia, y más tarde, impulsado por la amistad hacia Roque Sáenz Peña, ocupa fugazmente las carteras de Relaciones Exteriores y de Interior. Mal momento para mezclarse en lides políticas que no le atraen. El gobierno tambalea, y al alejarse de su cargo a mediados del 93 culpa a Roca de esta inestabilidad.

En 1896 parte nuevamente a Europa como embajador en la ansiada Francia. Sus crónicas en *La Prensa* — con el seudónimo de Jorge Travel — informan de sus actividades. En ese tiempo se producen profundas trans-

formaciones en el arte y la literatura francesas de fin de siglo, pero Cané pasa de largo ante ellas, sin advertirlas.

Vigila en París la estatua a Sarmiento encomendada al escultor Rodin. En 1898 *La Biblioteca* publica el prólogo y los dos primeros actos de su traducción del *Enrique IV* de Shakespeare. En noviembre regresa a Buenos Aires pues ha sido elegido senador nacional. Desde su banca presenta al año siguiente dos proyectos: el de erigir el monumento a Sarmiento en el Parque Tres de Febrero y el de extradición de extranjeros. Este proyecto de Ley de Residencia, contrario a los principios de nuestra Constitución, es violentamente atacado. Evidentemente, el miedo al futuro, a la máquina que empequeñece, a las masas populares que amenazan invadir y destruir la sociedad distinguida que amó en Europa, o la paternalista de la gran aldea perdida, golpeada de muerte por la inmigración revoltosa y huelguista, ha endurecido y deteriorado el liberalismo progresista de antaño. Basta leer buena parte de los artículos coleccionados en *Notas e impresiones* (1901) y *Prosa ligera* (1903) para comprobar su espíritu reaccionario. Carlos Narbal — evidente traslación de Cané — dice en *De cepa criolla* (1884): "...No tienes idea de la irritación sorda que me invade cuando veo a una criatura delicada, fina, de casta, cuya madre fue amiga de la mía, atacada por un grosero ingénito, cepillado por un sastre... Mira, nuestro deber sagrado, primero, arriba de todos, es defender nuestras mujeres contra la invasión tosca del mundo heterogéneo, cosmopolita, híbrido, que es hoy la base de nuestro país. ¿Quieren placeres fáciles, cómodos o peligrosos? Nuestra sociedad múltiple, confusa, ofrece campo vasto e inagotable. Pero honor y respeto a los restos puros de nuestro grupo patrio; cada día, los argentinos disminu-



Albano García Mérou

Martín García Mérou

Cané y García Mérou

"Nuestra permanencia en Venezuela no pasó de cuatro meses. Vivíamos juntos, entregados al trabajo intelectual, en una casita pintoresca, con un jardín bellísimo, lleno de plantas y árboles tropicales..."

"En aquella época Cané escribió las resplandecientes escenas de Juvenilia, que me envió años más tarde, diciéndome en su dedicatoria: «Usted vio nacer estas páginas; helas marchando en la vida. Van a usted con cariño; acójalas como un recuerdo de las negras horas pasadas». Sí, yo las vi escribir, día a día, en cuadernitos cuya fabricación era una de mis especialidades, y que se llenaban rápidamente, con la letra menuda, apretada e irregular de su autor. Algunas horas en que el spleen nos daba un respiro, me leía fragmentos de esas deliciosas reminiscencias de la vida estudiantil. Y mi primera impresión era la misma que he sentido en España, cuando llegaron a mis manos. Es una pequeña joya ese librito artístico, que, en una forma llena de

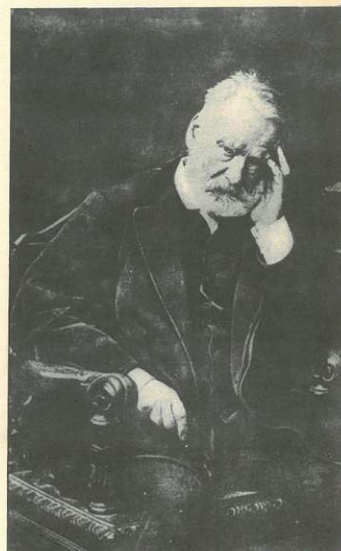
sencillez y de suavidad, contiene todas las delicadezas y perfecciones de un estilo de admirable factura, en el cual circula una ráfaga de inspiración juvenil, un soplo de brisa primaveral, que refresca la frente abrumada por la lucha diaria.

Cané ha puesto en él lo mejor de su espíritu fácil y luminoso, de su talento tan lleno de seducción. Es imposible leer los cuadros del colegio, las aventuras infantiles de aquella alegre y burlona epopeya de la adolescencia, sin pasar de los estallidos de la más franca hilaridad a las dulzuras del enternecimiento. No hay aquí humour ni originalidad rebuscada. Hay un inmenso derroche de gracia ligera y brillante, de ocurrencias inesperadas, de bocetos extravagantes, de comparaciones bufonas. Y todo ello tiene un carácter especial, típico, un colorido nuestro, porteño, por decirlo así, que constituye otro de los atractivos de este juguete escrito de mano maestra."

Martín García Mérou,
Recuerdos literarios (cap. XL)

mos... Cerremos el círculo y velemos sobre él". Hay añoranza, también, por estos años, de la vida colonial y crítica rezongona de las costumbres contemporáneas. La nueva generación intelectual — Gálvez, Gerchunoff — suelen atacarlo con dureza. La ley de expulsión de extranjeros, en fin, es piedra de toque para entender cómo ha variado el muchacho liberal progresista de la época de Avellaneda. Cané no acierta a comprender la importante transformación del país que queda reducida en su espíritu a una verdadera *débacle*. Su humanismo lo lleva a apoyar el nacimiento de la Facultad de Filosofía y Letras, de la cual es decano, y a defender la cátedra de lenguas clásicas. En 1901 visita por última vez Europa, que también ha cambiado. En el país los problemas sociales se agravan, las huelgas se suceden; es entonces cuando el presidente Roca echa mano del proyecto presentado por Cané. La ley de residencia es un hecho y los perturbadores extranjeros podrán ser arrojados del país. Cuando Cané regresa apoya la candidatura al Senado de Pellegrini que tiene como lema "contra el fraude y contra Roca". Los amigos han ido muriendo y ahora es su querido García Mérou quien lo abandona. El 30 de agosto de 1905 llegan sus restos a Buenos Aires y Cané, enfermo, escribe un discurso que no pronuncia. Aparentemente restablecido retoma sus obligaciones, pero el 5 de setiembre muere pocas horas después de regresar a su casa.

El estilo de Cané: La prosa ligera. — Aún no cumplidos los 20 años, Cané publica en *La Tribuna* una sección que titula *Párrafos*. Páginas breves, fragmentos casi. Esta denominación inicial incluye toda la prosa de Cané. Casi todas sus obras son colección de artículos periodísticos nacidos en el hecho mismo que los provocó. Cuando acusan tal origen — *En viaje, Juvenilia* — el mismo



Víctor Hugo (en *La Ilustración Argentina*, 30-5-1885)

autor se complace en llamarlos apuntes, "charlas descosidas" nacidas sin plan previo "de una sucesión de cuadros tomados en el momento de reflejarse en mi espíritu por la impresión". Por este motivo lo incluyó Ricardo Rojas entre los prosistas fragmentarios del 80. Los títulos de sus obras no sólo no prometen más, sino que inclusive hacen alarde de una falta de rigor estético entonces muy a la moda.

Sus páginas surgidas espontáneamente, "sin plan y sin medida", sin reelaboración, pues "la primera forma es la mejor" — afirma en *Ensayos* — deben entenderse como una charla. Charla amable entre el escritor y el lector, donde el primero intima con el segundo, dialoga y bromea con éste mientras le hace partícipe de las novedades que encuentra a su paso o lo distrae con un cuento porque ambos han andado ya demasiado.

Este tono de su prosa no le es privativo: es el habitual de su generación de *clubmen* elegantes, de conversadores cultos inclinados a la confianza anecdótica, a la queja, de moda, a la sonrisa escéptica e irónica. Mansilla, quien llamó a sus artículos del *Sud América* "causeries de los jueves", es su mayor devoto. Charla porteña cuyo nombre y modelo venía de la dorada Francia, escrita como "si estuviera en un club social, departiendo y divagando en torno a unos cuantos elegidos, de esos que entienden", dice Mansilla, que reducen — con sus abundantes sobrentendidos — sus lectores a los iniciados.

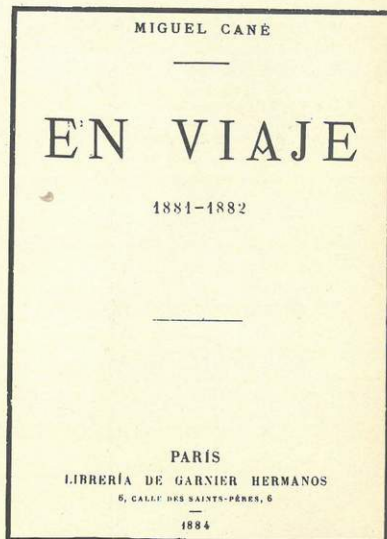
Aunque Cané no escribe para las muchedumbres como sus admirados Dickens y Shakespeare, no restringe su auditorio tanto como Mansilla, lo amplía e incluye al lector culto porteño. Hay a menudo en sus artículos el deseo de modificar el público de Buenos Aires, de influir en sus gustos aprovechando la difusión propia de un periódico.

A la manera de Mansilla, — aunque sin caer en su exageración que le hace ocupar todo el escenario — Cané es el personaje central de sus libros, el único que puede darles unidad.

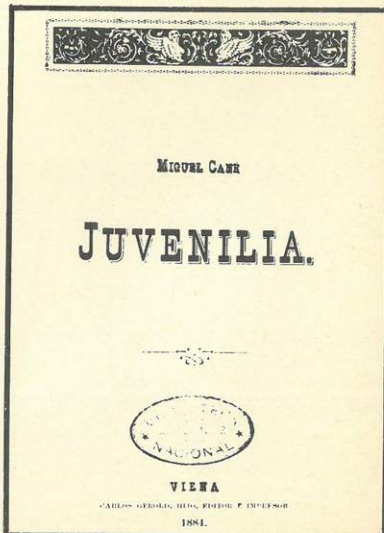
Sucesos, arte, museos y ciudades llegan al lector a través de sus impresiones, selladas por su yo. Su afán es relatar lo que ve y lo que piensa: si Mansilla es el *causeur*, el conversador por excelencia de su generación, Cané en su *chroniqueur*, su cronista, ambos exquisitos y afrancesados. Todo en Cané es motivo de crónica, aunque el ámbito geográfico y social sea limitado: el extranjero — Europa y parte de América — y Buenos Aires. Sus escasas páginas sobre el interior del país nos dan una visión totalmente idealizada, donde refleja sólo su añoranza de una sociedad patriarcal desaparecida en la metrópoli. Buenos Aires es un punto constante de referencia y sus habitantes los destinatarios de su prosa, eminentemente ciudadana en cuanto al autor y al lector, y especialmente, en cuanto al lenguaje, que no es otro que el del porteño, el corriente de la tertulia. De modo tal que ingresan los argentinismos habituales en ella, tales como macanazo, guarango, etc. El ámbito es también el de las clases cultas. Los materiales proceden en gran medida del arte y la literatura, y se amplían con aquéllos — clubes, veladas, paseos, teatros, etc. — comunes al mundo de la alta burguesía. El mundo de la clase media o proletaria pocas veces es reflejado.

Estas charlas y crónicas exigen amenidad, naturalidad, gracia y sencillez y precisamente estos requisitos son los méritos de la prosa de Cané. Digresiones, alusiones, frase nerviosa y llana inclinada a la pincelada rápida o a la caracterización de un personaje sintetizada en dos o tres adjetivos y amenizada por la gracia constante, la broma, el ingenio, son sus características casi constantes.

Conocedor del francés hasta en sus



Portada de la primera edición de *En Viaje* de Cané



Portada de la primera edición de *Juvenilia*



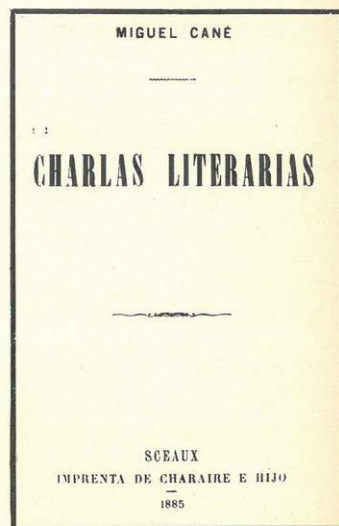
Carlos Pellegrini

más pequeños matices, Miguel Cané, según la palabra autorizada de Grousac, fue acusado, a veces con severidad rezongona — Américo Castro, por ejemplo —, de escritor galicado. Galicismo mental, galicismo formal fueron los cargos que él mismo reconoció y sancionó al poner como epígrafe de *Prosa ligera* “Gallicae construcciones”. Tampoco fue éste un rasgo peculiar, sino un delito compartido con sus contemporáneos y heredado de la generación pasada. Adentrado en la posterior, contribuyó a la renovación del lenguaje literario hispanoamericano encabezada por Darío, a quien Juan Valera, el famoso escritor y académico español, reprochó los mismos defectos de afrancesamiento.

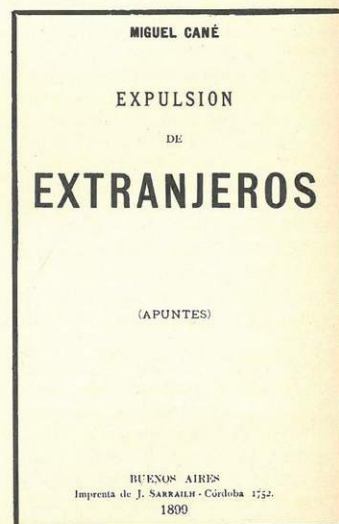
El cargo es obvio. La prosa de Cané rebosa de palabras francesas, de palabras españolas con significado francés, de giros y de ritmos tomados de esta lengua. Es evidente que a menudo piensa en francés y escribe en español, tratando de adaptarlo a su pensamiento.

Dilettante, es el otro adjetivo que unen los críticos a la personalidad de Cané. Tampoco se excusa. Al contrario, le agrada confesarlo. — “Nosotros somos meros dilettantes en todo, que, porque ponemos una frase poco menos sobre sus pies, nos llaman literatos o algo así” — afirma, incluyendo a sus compañeros de generación. En verdad casi todos hacen gala de su capacidad para desempeñarse en distintos ambientes, cargos, oficios, para entender de arte y literatura en sus diversas manifestaciones respaldados por el derecho que da la frecuentación y la amplia lectura. Dilettantes, aficionados reacios a las obras de envergadura, al estudio menudo y laborioso, al ensayo serio. Cuando lo intentan — como Cané ante su entusiasmo por Velázquez — pronto lo abandonan.

Tampoco la labor de creador, de escritor, es sentida como fundamental,



Portada de la primera edición de *Charlas literarias* de Cané



Portada de *Expulsión de extranjeros* de Cané

como profesión. Su obra nace de artículos para el periodismo, y en *Juvenilia* y *En viaje* como antídoto para la monotonía, según Cané mismo confiesa, aunque sospechemos cuánto de pose hay en estas aseveraciones.

Rojas le asigna cualidades innatas de novelista, desviadas por sus ocupaciones y débil voluntad. Piensa que pudo ser el novelista por excelencia en esta generación de novelistas. Cané intentó el género, aunque para abandonarlo en seguida, cuando Pellegrini le pide una novela para publicar como folletín en *Sud América* luego de *La gran aldea* de L. V. López. Los tres capítulos que redactó en 1884 y que están hoy incluidos en *Charlas literarias*, no nos permiten deducir superioridad frente a López o Cambaceres. Como éstos intenta dar una imagen de su generación y de su época. Carlos Narbal, el protagonista, pretende ser el arquetipo de su medio. Pero aparece idealizado, sujeto a rasgos románticos; no encontramos ni la capacidad crítica de Cambaceres ni la autenticidad de retrato de muchas páginas de *La gran aldea*...

La crónica da la medida de Cané, con sus hallazgos y defectos, y con ella consigue excelentes páginas, como "La primera de don Juan en Buenos Aires" o "Mi estreno diplomático" de *Prosa ligera* y "Carlos Encina" de *Charlas literarias*. El cuento sentimental, de rasgos románticos, característico de su primer libro, cobra madurez en "Bebé en el circo" de *Charlas literarias*.

En viaje. — Los apuntes, recuerdos o cuadros de viaje, abundan en el 80. Pocos son los que no lo han tentado: Mansilla — *De Aden a Suez* —; L. V. López — *Recuerdos de viaje* —; García Mérou — *Impresiones* —; Santiago Estrada — *Viajes* —; Paul Grousac — *Del Plata al Niágara* —; E. Wilde — *Viajes y observaciones y Por mares y por tierras* —. Cané publica el suyo en 1884. En él lo encontra-



Miguel Cané, decano de la Facultad de Letras, con los estudiantes doctorados (en Caras y Carretas, 26-10-1901)

Los méritos de la prosa de Cané son los de un cronista inteligente y refinado: amenidad, naturalidad, sencillez, gracia. En Juvenilia, además de estas virtudes, el escritor demuestra notable poder de reproducción de un ambiente y de unos caracteres que el recuerdo ilumina.



Avenida de las Palmeras (en el Buenos Aires de 1900)

mos más dueño de su oficio, enriquecido, sin grandilocuencia ni arrebatos románticos; y, además, un Cané de cuerpo entero, escéptico y entusiasmado, rezongón y fastidiado, liberal y socialmente aristocrático, epicúreo y "gourmet", interesado por los problemas americanos. Tiene *En viaje* mayor unidad que el resto de su obra, mayor aliento y hondura. Es el único de su generación que ha dedicado tal cantidad de páginas a Hispanoamérica, en las cuales logra crónicas ágiles y coloridas. El itinerario comienza en París y concluye en Estados Unidos; el nudo del libro es Venezuela y especialmente Colombia. De los 21 capítulos de la obra, 12 están dedicados a este país. Y aunque aclara que no hace: "...un libro de geografía ni pretendo realizar un viaje científico, siendo mi único y exclusivo objeto consignar simplemente mis recuerdos e impresiones en estas páginas ligeras...", el lector tiene la crónica viva de un viaje a lo largo del Magdalena, de los Andes colombianos, de su fauna y flora, de los habitantes —negros, bogas, indios, cachacos—. Cané no limita aquí su ámbito y entran en él todas las clases sociales y todos los paisajes. Cuando reflexiona sobre la historia y el porvenir americano, aparece adscripto a la antinomia sarmientina de civilización y barbarie y al progreso basado en la inmigración y el contacto europeo. El galicismo tiene en el libro poderosos rivales; los colombianismos que ingresan a su prosa. Cuando describe la vida intelectual bogotana, hay exagerados elogios y algunos olvidos serios.

Al concluir recalca su afán de veracidad: "En mi larga narración he tenido que describir países, costumbres y aspectos sociales. Bajo el punto de vista literario, la crítica dirá el mérito de mi trabajo; pero en lo que se refiere a la veracidad de los hechos, afirmo una vez más que no he tenido otro guía fijo y constante de mi re-

lato". Los críticos opinaron, y uno de ellos fue Paul Groussac, demasiado agriamente. Groussac le recrimina su mal humor, su irascibilidad, su mal gusto y grosería en algunos pasajes... y su error al describir el Tequendama, ya que sostiene que "hay cosas para vistas y no descriptas", aunque poco después él se ahogará en parejas aguas al no resistir la tentación de describir el Niágara. Cané se irrita ante esta crítica, pero en la segunda edición —1903— modifica y suprime tales pasajes, quitando en parte la espontaneidad y franqueza primera del libro.

Juvenilia: La actitud de nostalgia, de reminiscencia, de regreso al pasado, es una constante del 80. Con variados propósitos y matices la encontramos en Wilde, en Mansilla, en Guido y Spano o en Calzadilla, Quesada o Joaquín V. González. Pagés Larraya ha señalado que "no fue este de Cané el único relato de experiencias colegiales de nuestra literatura, ni el único libro argentino con el título de *Juvenilia*. Fue, sí, el que logró traducir con más felicidad motivos presentes en casi todos los escritores de su época. Acaso su éxito resultó de una síntesis: Cané consiguió la *Juvenilia* de las *juvenilias*".

Aunque es cosa sabida la admiración de Cané por Dickens y puede alegarse alguna influencia del *David Copperfield* o del *Jack* de Alphonse Daudet, es evidente que las relaciones no pasan de cierta similitud temática. Los recuerdos estudiantiles de su paso por el Colegio Nacional no tienen intención ajena a la evocación misma. En efecto, la denuncia y el afán testimonial están ausentes. Lo autobiográfico se solaza aquí en la travesura rehuyendo toda confesión íntima.

El ámbito de la obra es el perímetro del colegio, ampliado durante el período de vacaciones en la Chacarita de los Colegiales. Sin embargo, a él confluyen los ecos ciudadanos y los

conflictos nacionales; el mundo de afuera aparece como réplica del mundo de adentro: en el colegio el viejo rector cuida a sus alumnos como a sus hijos, en la calle el presidente de la República lleva cariñosamente de la mano a dormir a su casa al alumno recién expulsado; en la calle, si bien el protagonista presencia una pelea a muerte entre "crudos" y "cocidos", la agitación porteña del 63 toma en seguida un aire de problema casero, familiar, cuando el protagonista, luego de llegar a la Legislatura por las azoteas, se encuentra con su pariente Horacio Varela que le pide avise en su casa que regresará tarde ese día. El mundo de fuera tiene el aire del mundo del colegio: amigos, compañeros que disputan para resolver en seguida el pleito en travesura: es la Buenos Aires aldeana medida por la nostalgia de lo irrecuperable.

Juvenilia es un relato en primera persona donde el relator da unidad a los diversos episodios que surgen como recuerdos deshilvanados, sin desarrollo lineal. En ellos se destaca la presencia querida de Amadeo Jacques. Sentimos al autor seguir entusiasmado sus reminiscencias escolares, sin que la actualidad invada, como otras veces, la narración. Sin embargo, hay un melancólico contrapunto entre la adolescencia despreocupada de ayer y el hombre maduro de hoy. Aun así, la evocación tiende generalmente a las anécdotas festivas, alegres. Quiere que el lector también disfrute con sus memorias. Recurre para ello a la hipérbole, casi siempre basada en comparaciones históricas: la "revolución" contra el vicerrector Torres asume con este recurso la trascendencia de una guerra médica — el celador es Jerjes —, al ira de Jacques es la de Neptuno... "Recuerdo haber pronunciado un discurso sobre la ignominia de ser gobernado, nosotros, republicanos, por un español monárquico, con citas de la Indepen-

Carta sobre Juvenilia

"Mayo 20 de 1884

Señor Dr. D. Miguel Cané, Ministro Plenipotenciario de la República Argentina y ex alumno interno del Colegio Nacional de Buenos Aires.

He trabajado todo el día y parte de esta noche; he escrito mucho; si tuviera una idea por cada párrafo, sería poeta. Estoy aburrido, me siento antiguo, creo que soy una momia. Todas las pesadeces del trabajo duro, serio, adusto, oscuro, rígido como una factura, están amotinadas en mi cabeza. Creo que mi cerebro es de granito denso, compacto, oficial como una rutina. ¡Estoy cretino!

En esta disposición de ánimo, o más bien de piedra, estiro la mano, tomo tu libro, *Juvenilia*, y leo diez páginas, nada más. Ya soy otro: soy el que tiene esas impresiones que tú pintas en tu libro, sin introducción como los caminos. (...) ¡Ves: tú has estado en el Colegio del Uruguay! No es Eizaguirre quien servía en tu mesa sino Quiroz, que es ahora un gran municipal en Salta y creo que hasta Juez de Paz, y tiene vacas y caballos y, naturalmente, mucha influencia política.

Te equivocas en la lista de los platos; no había sopa de fideos, ni guiso de carnero, ni sáballo; había agua artificial, carnero artificial y pan troglodita. (...) Arroz con leche, eso sí, los jueves: arroz egipcio, antediluviano, inhervible, y leche de las vacas de Faraón; todo ello en fuente de lata negra, acribillada, corroída y herrumbrosa, traída por un vasco fósil, con alpagatas druidas de enseñanza secundaria, heredadas del primer sirviente del colegio y hechas a aplastar ratones, o más bien megaterios a juzgar por el tamaño. (...) Tu libro será leído en los colegios con cariño y con deleite y, fuera de ellos, con aquella dulce melancolía de los recuerdos. Así lo he

leído yo, alternando mis impresiones entre la risa, la tristeza, la suave emoción y la franca alegría. Y al concluir la última página, no viendo mi nombre sino el tuyo al pie de ella, un sentimiento legítimo me ha invadido y he pensado con justicia que la envidia es una grande y noble calidad humana.”

Eduardo Wilde

dencia, San Martín, Belgrano, y creo que hasta la invasión inglesa”. (Capítulo X). Los retratos son casi siempre caricaturas, como el de Larrea o el del enfermero. Es frecuente el diálogo —directo e indirecto— con el lector, y las digresiones lo alejan en varias ocasiones de la narración inicial.

La sensación de fracaso generacional que busca en la evasión y el rescate del pasado donde sus autores se sintieron seguros o importantes, ha sido señalada por algunos críticos como causa de esta profusión de autobiografías del ochenta. Las memorias de Wilde o de Mansilla nacen al final de sus vidas y pueden permitir un doble rescate, en cuanto a la infancia o juventud lejana y en cuanto a momentos más felices o brillantes. Pero cuando Cané escribe estas “cosas de mocedad” —tal es el significado del vocablo latino *juvenilia*— tiene apenas treinta años; y cuando las publica, solo treinta y tres. Para *Juvenilia* la distancia es más geográfica que temporal. Nace y se edita en el extranjero, donde pesa sobre el autor la soledad y la nostalgia de la patria. La valoración del pasado se agudiza en el prólogo a la segunda edición de 1901. Cuando redacta la obra el plano temporal se abre a una doble melancolía: frente al pasado y frente al porvenir.

El fracaso generacional aludido aparece materializado así en la suerte de sus discípulos. En el autor, este fracaso es subjetivo, y si vuelve a la vida traviesa del colegio lo hace para alejar la monotonía y la tristeza presente.

Eduardo Wilde. — *Su vida*: Los padres de Eduardo Wilde fueron el coronel Wellesley Wilde, irlandés naturalizado argentino y guerrero de la Independencia, y Visitación García, severa y devota nativa de Tucumán, esa ciudad que su hijo imaginó “color naranja”.

Aunque “no tuvo ni el mérito ni la



Frente del antiguo Colegio Nacional Central, en



n 1905

culpa de entrar al mundo por Tupiza", allí nació el 15 de junio de 1844 durante el destierro paterno. En esta aldea boliviana "modesta, elemental y rara", pasa su infancia rica en estrecheces y apremios económicos. Aprende las primeras letras en la escuela gratuita y, según afirma en *Aguas abajo*, allí despierta su vocación por la medicina y la matemática. También muere allí su hermana Vicentita; de este doloroso suceso parecen haber nacido su escepticismo y su descreimiento religioso.

Después de Caseros ingresa al Colegio Nacional de Concepción del Uruguay y en 1859 rinde sus primeros exámenes cuando egresa su condiscípulo Julio A. Roca, a quien más tarde secunda en su labor presidencial.

En esta etapa escolar nacen sus primeras páginas y sus únicos versos. Munido de un certificado por su cargo de profesor sustituto de matemáticas, llega a Buenos Aires en 1862.

Poco tarda el adolescente provinciano en incorporarse al ambiente porteño y en sentir la ciudad como propia. Enseña matemáticas en la Escuela de Artes y Oficios y redacta con Olegario Ojeda primero, y luego solo, la "Crónica local" de la *Nación Argentina*. Estas notas, aún no reunidas en volumen, encierran ricos datos sobre su iniciación porteña; en ellas están presentes también, los temas y el estilo que caracterizarán su obra.

Cuando en 1864 ingresa en la redacción de *El Mosquito* —periódico de sátira política donde firma con los seudónimos de Julio Bambocha y Sabañón— su espíritu zumbón se halla de parabienes. Este mismo año comienza su carrera de medicina en la Universidad. En su juventud —y hasta el fin de sus días— va a tener un pie en la Medicina y otro en el periodismo; así se lo reprocharon repetidamente, olvidando que Wilde tenía respuesta pronta y certera para toda crítica: "¿Y por qué no si tengo dos pies?", contestó al reproche.

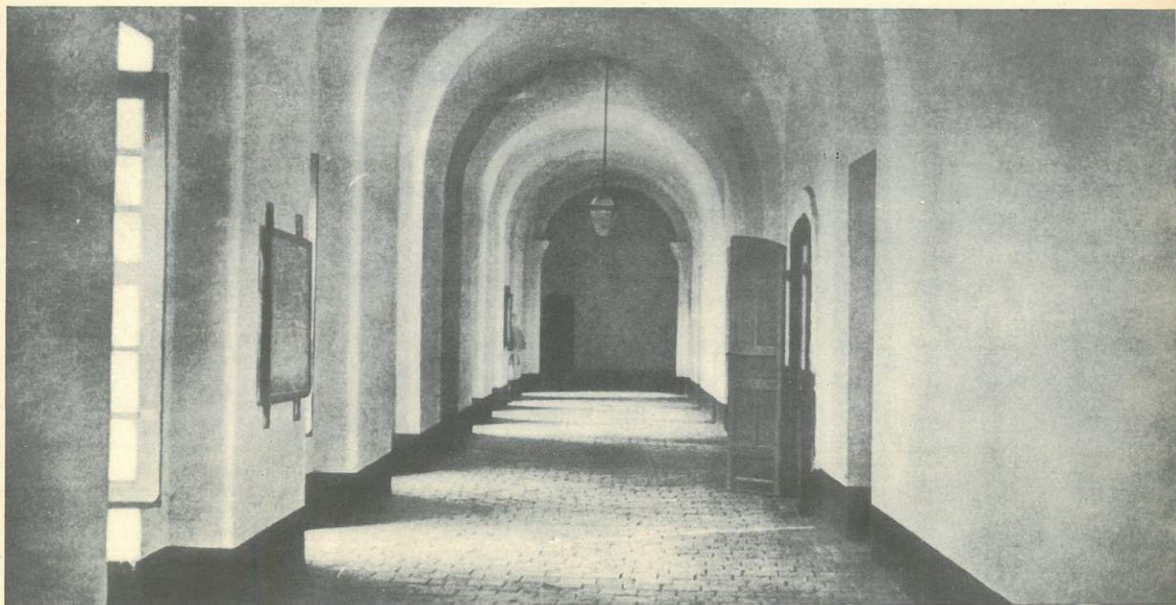
Cané, Wilde y la poesía

Miguel Cané y Eduardo Wilde fueron exclusivamente prosistas. Ambos confesaron en su obra, con frecuencia, su incapacidad para la poesía y Wilde nos dejó prueba irrefutable de ello en algunos versos de adolescencia recogidos en *Recuerdos*, *recuerdos*... Sin embargo, ambos se ocuparon repetidamente de la poesía:

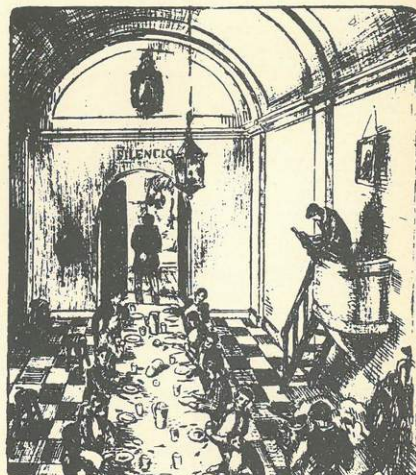
Wilde, en su conocida polémica con Goyena, sostiene que la poesía es una "enfermedad de la inteligencia" y un resultado "de la tortura del pensamiento en una cárcel de palabras". Estos "caprichos de la prosa" son propios de las épocas en que el hombre tenía tiempo para perder en juegos inútiles. Afirma la inutilidad de la poesía —si le queremos encontrar alguna utilidad sólo podemos compararla con la de las pulgas o la de los mosquitos— y acepta de lleno el positivismo de su época: "Vivimos actualmente en una época de materialismo y hacemos muy bien, a mi modo de ver. Los ferrocarriles y las fábricas manufactureras han reemplazado con ventajas los idilios y los sonetos".

Suena a contraréplica —no intencionada, por cierto— el artículo de Miguel Cané "Gervasio Méndez", publicado en 1875 y recogido en *Charlas literarias*. Sostiene que el positivismo, la acentuación de los intereses materiales de su época, no hacen inútil la poesía, como pueden creer algunos discípulos de Comte. Así como han variado los objetivos de los científicos han cambiado los temas de los poetas: "Vamos buscando en todo la esencia, la constitución íntima de las cosas... En ese sacudimiento que abarca a la humanidad entera, los poetas marchan en primera línea. Emanaciones de su época, expresión leal de su tiempo, ellos también van al fondo de las cosas".

Juvenilia representa, para los adolescentes argentinos, una suerte de sonriente epopeya de la vida en el Colegio Nacional, con la visión pintoresca de escenas y personajes que, con ligeras variantes, se repiten a través de sucesivas generaciones.



Claustro alto del Colegio Nacional Central (fotografía Witcomb)



Grabado de Alfredo Guido para la edición de Viau, de 1930, de Juvenilia

La estrechez económica de la lejana Tupiza lo ha acompañado a Buenos Aires: la recuerda en *Por mares y por tierra* y en su artículo "Ignacio Pirovano", compañero de facultad y de bohemia estudiantil, de juerga en el "Club del Esqueleto" y de vida al fiado en la fonda de la Sonámbula, "Cuando yo era estudiante y tenía que poner tinta en mis medias a la altura de los agujeros de mis botines; cuando tenía que pegar con hilo negro los botones de mi camisa y pagaba el lavado a mi lavandera con el tiernísimo amor que profesaba a su hija, los días se pasaban alegres y sin cuidado".

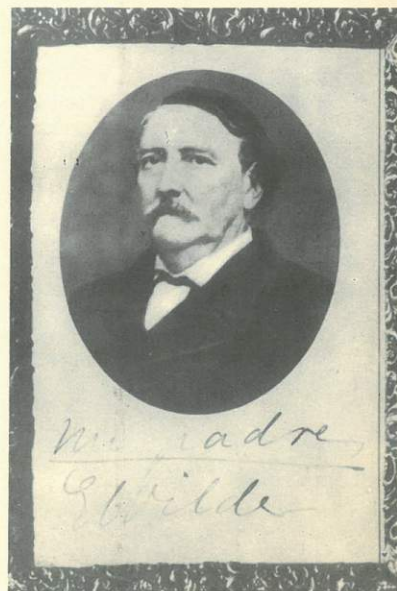
Por entonces es ya amigo de los Varela, los Mansilla, los Estrada, es decir, de la élite porteña. Hace periodismo en 1865 como redactor político de *El Nacional*, luego en *El Pueblo*, *La Patria*, *La Revista Argentina*. El agudo aguijón ejercitado en *El Mosquito* se introduce en distintos problemas nacionales: la guerra del Paraguay, la cuestión capital... Comienza a bregar por la instalación de aguas corrientes y menudean sus ataques a Mitre. Sus críticas al gobernador Alsina le hacen perder el puesto de Director del Boletín Oficial obtenido en 1867. Siendo aún estudiante lo nombran médico del Lazareto de cólicos —allí contrae esta enfermedad— y cirujano interno del Hospital Militar para atender los heridos de la guerra del Paraguay. Es practicante en el Hospital de Mujeres. Por fin en 1870 obtiene al mismo tiempo la ciudadanía y el título de doctor en Medicina con una tesis sobre el hipo. Cuando la Asociación Médica Bonaerense premia este trabajo, *El Mosquito* se hace presente afirmando que en el reverso de la medalla decía: "Al doctor Eduardo Wilde (alias Julio B. Bambocha), ex redactor de *El Mosquito*. En recompensa de su celo en hallar el remedio del mal que había producido haciendo reír hasta hacer tener

hipo a los lectores del periodiquín arriba citado".

Hay en esta tesis cualidades constantes de Wilde: claridad, rigor lógico, estudio basado en la observación y experimentación, libertad de criterio, originalidad en cuanto a la elección del tema y en cuanto a su diagnóstico y tratamiento, desapego por la solemnidad y el engolamiento —que le permite intercalar en una tesis doctoral un ancho elogio a la mujer, a la cual no se cansó durante toda su vida de mirar, amar y también criticar—. Dice sobre esta tesis el doctor Florencio Escardó —admirador y difusor de los valores de Wilde en los diversos campos en que actuó—: "Sus definiciones sobre el fenómeno del hipo estarían muy bien en un tratado actual de patología, y no creo que a estas fechas se haya enriquecido mucho la bibliografía sobre el tema".

En el barrio de Montserrat y luego en la elegante calle Florida atiende "gratis para los pobres, por decisión mía, y gratis para los que no son pobres, por decisión de ellos". Confiesa irónicamente su éxito profesional ayudado por el apellido inglés, pues la sociedad porteña se dejaba encandilar sin razón por los médicos extranjeros. Su pluma está siempre alerta para denunciar todo aquello que el gobierno o la sociedad realizan basados en la estupidez habitual del sentido común y la opinión, inocentes irredimibles de toda lógica: "La Facultad de Medicina se hace la triste ilusión de que los títulos que concede y los honores que dispensa... tienen algún valor... Error deplorable... las relaciones, las amigas de la casa, las sociedades de beneficencia y las señoras bien vistas, nos hacen especialistas en criaturas, muy hábiles para pulmonías, muy entendidos en roturas de pierna y famosos para abrir orejas a las niñas de las casas decentes".

Apenas recibido comienza —desde



Coronel Diego Wellesley Wilde



Eduardo Wilde con uno de sus condiscípulos del colegio de Concepción del Uruguay



Ignacio Pirovano (dibujo de Cao)

su puesto de médico del puerto de Buenos Aires — su labor en los problemas de la sanidad. Su actividad lo llevará a sistematizar las cuarentenas, a celebrar tratados con los países vecinos sobre esta materia, hasta conseguir, luego de insistente lucha como periodista y funcionario, la instalación del servicio de cloacas y aguas corrientes. Buenos Aires — dando razón a su idea sobre la raigal ingratitud humana — no ha comenzado a agradecérselo.

La medicina no lo aleja del periodismo o de la literatura: en 1870 polemiza sobre poesía con Pedro Goyena y poco después utiliza su pluma para convencer a la población y a sus colegas sobre la fiebre amarilla que amenaza diezmar la capital; con su habitual ironía evoca estas luchas en *Cosas mías*: “Se discutía mucho sobre el nombre y el carácter de la enfermedad; el doctor Golfarini... escribió un artículo poniendo en duda que el mal reinante fuera fiebre amarilla: yo escribí otro... demostrando que la enfermedad era fiebre amarilla verdadera y de la mejor calidad”.

Su labor como médico ante la epidemia fue incansable, hasta caer víctima de la enfermedad. Mientras convalecía en la quinta de los Estrada descubre a Dickens, con quien por su humor y sentimentalismo ha sido vinculado por los críticos. En 1873 es profesor de Anatomía en la Facultad de Medicina y director de *La República*. En este diario defiende con razones valederas el proyecto de los paseos de Palermo, luego de informar técnicamente al presidente Sarmiento sobre la adecuada elección de los terrenos. Al año siguiente es diputado provincial por el Partido Autonomista y nacional desde 1875 a 1879. Su adhesión al positivismo, su liberalismo anticlerical expresados en el periodismo, se hacen presentes ahora en la Legislatura. En 1878 edita *Tiempo perdido* —colección de artículos médicos, literarios y políti-

cos— y participa activamente en la organización del partido de apoyo a Roca. Escribe para *El Libre Pensador*, *La Tribuna*, *El Nacional*, etc. En 1880 aparece su famoso cuento *La lluvia* y al año siguiente “hace llorar a medio Buenos Aires” cuando publica *Tini* en *El Diario* de Manuel Láinez.

Cuando asume la presidencia, Roca lo incorpora a su gabinete como ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública, dejando de lado las críticas que provocaban tal designación por al franqueza recalcitrante, el ultraliberalismo y el anticlericalismo de Wilde. Su labor ministerial fue intensa. Trabaja en la organización de la enseñanza, crea escuelas, presenta un proyecto de ley para dotar al país de un Observatorio Magnético en Córdoba y de un instituto de sordomudos, convierte el Hospital de Buenos Aires en Hospital escuela — Hospital de Clínicas — colabora en el proyecto del estatuto universitario, impulsa la rápida redacción de los códigos de minería y penal... Pero su labor más recordada es su lucha por la sanción de las leyes de enseñanza laica y de registro y matrimonio civil. Estas leyes, de vital importancia para la organización social de la Nación en el momento de su promulgación, hoy ya tradicionales en los principios argentinos, son el mayor aporte de la generación del ochenta.

El proyecto de ley sobre enseñanza común presentado en 1883, centró la disidencia y el debate en el problema de si la enseñanza estatal debía o no incluir la religión. El arduo debate desborda el Congreso y provoca violentas reacciones en la población. Wilde, en su carácter de ministro, asiste a las sesiones y defiende con claros argumentos la enseñanza laica. Poco después —ya en 1884— queda sancionada con el número 1420.

Temas preferidos por Wilde para su ironía, humor o sarcasmo fueron el

amor y el matrimonio. Al primero lo consideraba una enfermedad "apirética, endémica en todos los climas, épocas y edades desde la niñez, y que en algunos países de extrema civilización, parece afectar la forma epidémica..." y al segundo: "El que se casa se pone un centinela a la vista" o "Solo se disculpa al matrimonio confesando lisa y llanamente que uno es un imbécil". Sin embargo, quizás por su propensión a la paradoja se casa por segunda vez en 1885 con Guillermina Oliveira.

En 1886 es ministro del Interior del nuevo presidente Juárez Celman. Inmediatamente debe tomar medidas para contrarrestar la epidemia de cólera que amenaza a Buenos Aires. Se suceden las obras públicas en las que interviene: creación del Hospital Fernández, del Instituto Bacteriológico de la Asistencia Pública, la aprobación de obras del Teatro Colón... y por fin la promulgación de la ley de matrimonio civil. Este proyecto, que había remitido al Congreso en 1882 como ministro de Roca, no pudo sancionarse por la violenta oposición de la Iglesia, que se sentía intervenida en sus fueros. Solo en 1888 se convertirá en ley nacional y no sin ardua polémica. Los discursos de Wilde en esta ocasión son más contundentes y agresivos que los anteriores sobre enseñanza laica. En 1887 sostiene largos debates para lograr la aprobación de su proyecto sobre aguas corrientes y servicios cloacales para la capital. Si los ataques por su defensa de la ley de matrimonio civil lo tildaban como mínimo de jacobino y masón, esta nueva empresa le acarrea en 1891 acusaciones sobre manejos no lícitos.

Por desinteligencia con Juárez Celman sobre la intervención en Mendoza renuncia a su ministerio en 1889. Poco después, amargado por las críticas y contrariedades políticas, se aleja del país. Realiza entonces su primer viaje al extranjero: visita Europa, Rusia, Estados Unidos. Las no-

EL FUROR SANITARIO



Se imponen las medidas radicales
antes de que la peste nos infeste;
mas los quieren usar con bríos tales
que van a concluir porque la peste
resulte el más pequeño de los males.

Caricatura de Eduardo Wilde en Caras y Caretas, 28-10-1899

La obra de Wilde, aunque fragmentaria como la de Cané, pone más el acento en la ironía y el humor — elementos ambos que caracterizan la mayor parte de sus cuentos y artículos —, y, curiosamente, está animada por un escepticismo fundamental que lleva al escritor a subestimar los propios méritos.



Roca y algunos de sus ministros, en 1886 (Wilde es el primero de la derecha)

tas que envía a *La Prensa* fueron recopiladas por este diario en 1892 con el título de *Viajes y observaciones*. Regresa a la patria luego de la revolución del 90. En el periodismo ataca con violencia al presidente Luis Sáenz Peña. En 1892 parte nuevamente y salvo breves estadias viajará por Europa, Chile, Perú, África, China y Japón hasta 1898, año en que se reincorpora al gobierno —segunda presidencia de Roca— como Presidente del Departamento Nacional de Higiene. En 1899 publica *Por mares y por tierra* —crónicas de sus últimos viajes— y *Prometeo y Cía*.

Comienza en 1900 sus funciones de diplomático en Estados Unidos, España y Bélgica que lo mantendrán alejado del país hasta su muerte. Sigue presente ante los lectores porteños con sus notas en *La Tribuna* y con su obra *Idioma y Gramática* (1904).

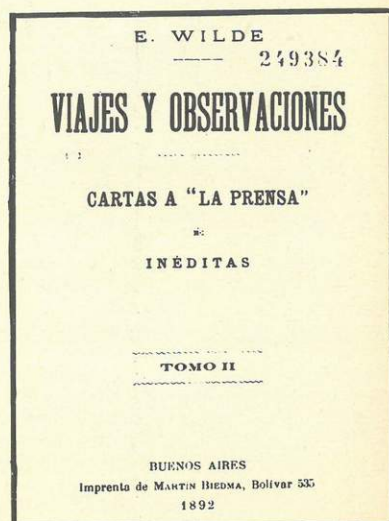
Las páginas de estos últimos años han crecido en amargura y escepticismo: "El hombre es un sujeto cuyo destino es ser engañado por las mujeres, por sus amigos y por los demás hombres", "la longitud de la vida se mide por el número de decepciones, sobre las cuales no hay experiencia que valga", son algunos de sus aforismos. La diplomacia no lo entusiasma y las altas clases no lo deslumbran, al contrario, como lo vemos en esta cruel imagen de la concurrencia de una reunión social que parece "...un cardumen de esos peces rojos y amarillos, que navegan en una gran redoma llena de agua, batiendo la cola, cambiando de dirección, abriendo inopinadamente la boca, moviéndose y accionando sin aparente causa y aproximándose por fin al grueso y curvo cristal para ser refractados en forma de monstruos grotescos". La muerte —uno de sus temas favoritos— lo sorprende en Bruselas el 5 de septiembre de 1913. Wilde había confesado que desearía que a su muerte su esqueleto fuera a dar a alguna vitrina para seguir a través del vidrio

los rumbos de la vida humana. No fue así, sin embargo. Sus restos fueron inhumados —última paradoja— en el cementerio de la Recoleta, al que tanto había combatido por razones de sanidad y al cual, no pudiéndolo clausurar, solo pudo aislarlo con los hermosos parques que hoy lo rodean y que acrecientan el silencio ante su tumba.

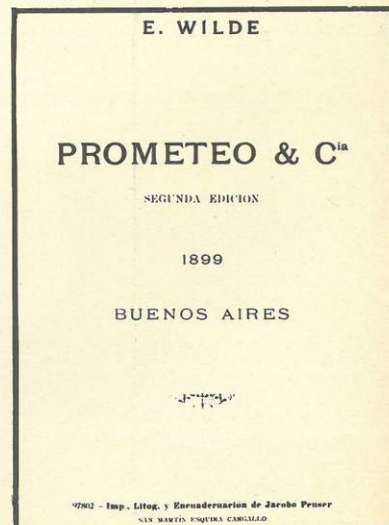
Personalidad de Eduardo Wilde. — Positivista sin retaceos, es discípulo de Spencer y de Darwin. Sostiene la importancia de la herencia, del clima y del medio en la conducta del hombre, relativizando así los conceptos de justicia y moral. Incrédulo en materia religiosa y combativamente anticlerical, niega la existencia de ideas absolutas y del libre albedrío a la par que duda de las generalizaciones.

Respetuoso sólo de la observación, la inducción y la experimentación, del método y la lógica como base de todo conocimiento humano, examinó críticamente al hombre y a la sociedad de su tiempo. Enemigo declarado y sin éxito del lugar común, de los conceptos establecidos y aceptados solo por su antigüedad, los denunció con desenfado, ayudado por la eficacia del humor, de la ironía o del sarcasmo. Arrostró sin cuidados la opinión de su medio. Perseguidor de las convenciones, las analiza con minuciosa independencia para satirizarlas cuando carecen de razón de ser: los discursos, el calendario, el sistema métrico decimal, el arte prestigioso y aún la misma Creación caen bajo su filoso bisturí. Se divertía señalando los errores de denominación: "Si hay algo azul en la tierra es el azul de las aguas del Mar Rojo"; encuentra al Puente del Inca "notable por esta singular circunstancia: no es puente ni lo ha sido jamás". La imaginación fue su defensa ante la circunspecta humanidad: "Yo suelo complacerme en llenar mentalmente de lunares las caras de las gentes y en ponerles bi-

gotes a las damas". Este devoto de la verdad se preguntaba: "¿Hay por ventura censores más temibles e imparciales que los espejos planos?". Este indagar maduró en pesimismo y escepticismo. Ve en el hombre un ser naturalmente cobarde y mal inclinado, atado al que dirán y con pasta de esclavo; siente la vida como un "ridículo sainete" que va y viene sin sentido hasta que llega la muerte y todo se acaba. Sin embargo —de nuevo la paradoja— su acción contradice su escepticismo: reflexiona y duda sobre las posibilidades de curación de la medicina y ésta fue su devoción constante; no confiando en los beneficios de la educación hizo cuanto pudo por elevarla; convencido de la inutilidad de la política y los políticos fue importante figura en el grupo roquista; negador del cambio moral de los pueblos luchó con eficacia por su progreso. En todas estas actividades se destacó siempre por la seriedad y rigor con que las afrontó. El cargo de dilettante que suele cubrir a su generación le alcanzó muy poco. En su labor administrativa llama la atención el estudio minucioso en que basa sus informes y proyectos. Tal ocurre con la medicina: durante sus viajes estudia las novedades de la bibliografía médica, los nuevos experimentos —el hipnotismo, por ejemplo—, recorrer en cada ciudad los hospitales y los institutos de investigación, las obras de sanidad. Cuando teoriza sobre arte se basa en sus estudios sobre la sensación y la percepción, trasladando el interés científico por las relaciones psicofísicas a conclusiones estéticas como en "Fisiología de la Rítori", "Fisiología material de las sensaciones" o "Fisiología de la música" —todos de *Tiempo perdido*—. No encontramos en su obra las menciones y opiniones constantes sobre obras y autores como en Mansilla y Cané. La admiración por Europa no desborda sus páginas y el acatamiento del arte es ancho motivo para sus críticas. Detestaba la "monomanía



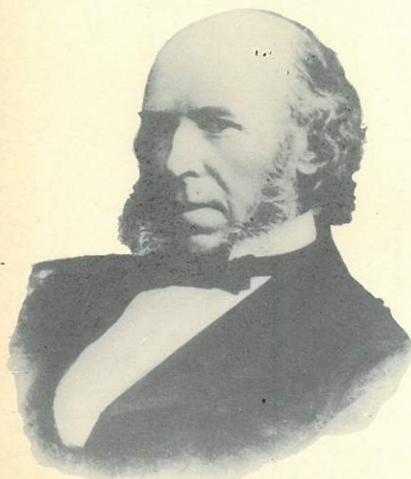
Portada de la primera edición del tomo II de Viajes y observaciones



Portada de la segunda edición de Prometeo y Cia.



Charles Darwin



Herbert Spencer

de las antigüedades" o la reverencia de objetos de arte solo porque los juicios de autoridad los habían proclamado bellos. En sus viajes amplía los intereses de sus contemporáneos no solo por los pueblos que visitó sino por lo que en ellos busca: ópera, museos, teatro —como sus amigos—, pero también fábricas, bancos, hospitales, minas, compañías de seguros, cementerios, escuelas...

Obra literaria. — "He escrito durante mi vida como cuarenta mil páginas formato cuarto mayor" dice en *Prometeo y Cía.* En ellas hay medicina, gramática, política, matemática — ésta fue una de las pasiones de Wilde—, cartas personales, periodismo, ciencia. Gran parte de este material no es literario. Por supuesto estos intereses se reflejan en su literatura, especialmente la medicina; ésta le proporciona argumento para sus artículos como en "Ignacio Pirovano", y algunos personajes o relatores de sus cuentos son médicos como ocurre en "Tini" y "Así". ¿Debemos caer acaso en la lamentación de un Wilde que ha frustrado sus evidentes condiciones literarias? ¿Por qué no fue mayor el número de páginas para su literatura? Preferimos dejar de lado las conclusiones habituales sobre la multiplicidad de ocupaciones que nada demuestran y apuntar, como posible razón entre muchas, cierto sentimiento escéptico acerca de las posibilidades de su obra, sentido muchas veces como dificultad de comprensión por parte del lector y del crítico. Llama la atención los títulos que elige para ellas: *Tiempo perdido*, *Cosas mías*, *Páginas muertas*. Precisamente el prefacio pensado para este último libro no consumado, incluido en *Prometeo y Cía.*, dejan en el lector un regusto de muerte y olvido que nos llevan a pensar en cuánto dudaba de la perdurabilidad de su obra. También se lo siente así cuando confiesa irónicamente en este prefacio que publica su obra por la manía de ser orde-

nado: "...me fastidian los papeles sueltos; no podía ver los míos viajando de un lado a otro en manojos desiguales, y como por una razón o por otra, deseo conservar su contenido, he resuelto el conflicto alojando mis producciones en varios volúmenes bien involucrados, previas las enmiendas indispensables, aun cuando sea para leerlas yo solo, imitando a muchos autores impopulares, entre cuyo número me cuento".

Por una u otra razón la prosa de Wilde es también fragmentaria. Todas sus obras publicadas en vida recogen artículos aparecidos antes en periódicos y escritos en diversos momentos. La única obra para la cual elaboró un plan, *Aguas abajo*, quedó inconclusa a su muerte pues solo había redactado la parte dedicada a su infancia en Tupiza; fue editada póstumamente y sus descuidos evidencian que no fue revisada por el autor. Aunque escrita en tercera persona y ocultándose escasamente bajo el nombre de Boris —el protagonista—, Wilde ha volcado en *Aguas abajo* todos los intereses y características de su original personalidad. La medicina, la matemática, la música, el mundo animal, las calidades de su imaginación y la aguda percepción de sonidos, olores y colores a la vez que enriquecen el plano expresivo son motivos de reflexión en la obra. Boris, como Wilde, era "práctico, positivo, materialista", propenso a sentir los fenómenos psicológicos de la *fausse reconnaissance* y el de duplicación de la personalidad, tenía una singular y lógica concepción del mundo y sus objetos y era inclinado a los neologismos y a modificar la gramática. (Cuando Wilde inventa el verbo *rutinizar* no hace sino continuar a Boris que creaba *felipear* para indicar "hablar, tratar o andar con Felipe"). Tenía Boris, además, la singular capacidad de "sentir" las ideas y las palabras como un sonido, un color o un olor: Buenos Aires era color nácar, "los lunes eran color de hoja de lata

algo empañada" y las desdichas eran "unas cosas negdas, asadas, que hace todos los jueves la negda María". Precisamente, el predominio de lo sensorial captado agudamente y a través de vinculaciones nuevas, conectan a Wilde con las búsquedas modernistas. Estos recuerdos no siguen un desarrollo cronológico, aparecen organizados de acuerdo con la evolución psicológica del protagonista. Intenta en ellos tanto rememorar el mundo de su infancia cuanto analizar el cautivante mundo de la infancia. El interés por lo psicológico compite con lo autobiográfico atemperando así la evocación. La obra cobra mayor intimidad cuando rememora el mundo familiar, especialmente el de sus hermanas; en el resto está muy atenido a la imagen que quiere dar de sí mismo. Boris es con frecuencia el reflejo del Wilde adulto.

Las crónicas de viaje —recopiladas fundamentalmente en *Viajes y observaciones* y en *Por mares y por tierras*— muestran a las claras su origen periodístico. La necesidad de informar al lector sobre gentes y lugares que desconoce suele darles sabor de inventario. Cae muchas veces en las descripciones exteriores, enumerativas y escuetas, que Wilde definía como escritas con "lenguaje de rematador". Muchas son, sin embargo, páginas perdurables. En ellas el espectáculo del mundo aparece ante un observador curioso y peculiar, inclinado a zaramear con humor la común afición del hombre a la vanidad y la tontería.

El resto de su obra literaria es difícil de clasificar; cuentos, relatos, artículos de personajes contemporáneos, cartas, etcétera. Se destacan sus cuentos y relatos, también ellos distintos en cuanto a tema, estructura y tono. Su capacidad de observar críticamente su medio, aunque presente en casi toda su obra, surge especialmente en sus cuentos y relatos costumbristas. Este interés por lo costumbrista se vislumbra ya en uno de sus primeros

artículos, "El almanaque" —escrito en 1865 e incluido en el vol. 7 de sus *Obras completas*— y en "El cumpleaños de la señora", "En familia", "La carta de recomendación", "Vida moderna". Satiriza a la Buenos Aires que ha dejado sus costumbres aldeanas y se inunda de bronce, muebles y reproducciones de obras de arte provocando la huida del protagonista de "Vida moderna" (*Prometeo y Cía.*) al tranquilo Río Cuarto; o a la Buenos Aires sencilla y laboriosa de antaño que absorbida por el afán de figuración ha cambiado tanto sus vestimentas como su moral en "La carta de recomendación". Recurre a veces a la forma del relato para reelaborar temas, recursos o argumentos de otras obras literarias. En "Pablo y Virginia" (*Prometeo y Cía.*) —su mejor ejemplo— a medida que cuenta el argumento de esta novela de Saint-Pierre se burla del sentimentalismo romántico. Sin embargo, debe Wilde algunas de sus mejores páginas, al cuento sentimental —atemperado por el humorismo— como "Tini" o "Asi" (*Prometeo y Cía.*).

Mediante relaciones inesperadas logra Wilde pasar del plano real al de lo fantástico. Ambos planos están presentes en su cuento macabro "La primera noche de cementerio", de evidente vinculación con Poe. "Nada en quince minutos", elaborado casi sin argumento, ha sido denominado poemático por el tono y el manejo particular del lenguaje. Otro de sus mejores cuentos es "La lluvia" —como el anterior, pertenece a *Prometeo y Cía.*—. En él el fenómeno de la lluvia aparece como elemento vertebrador de las reminiscencias del autor, como atmósfera que penetra lo humano a través del tiempo y del espacio.

Uno de los pilares en que se asienta la originalidad de Wilde es su capacidad de recrear la realidad mediante una ruptura de la visión convencional, que consigne estableciendo relaciones inesperadas entre sus elementos. En "Ignacio Pirovano" (*Tiempo perdido*),

Darwin y Spencer

En 1859 Charles Robert Darwin (1809-1882) publicó uno de los libros más importantes del siglo XIX: Sobre el origen de las especies, convirtiéndolo inmediatamente en texto fundamental del evolucionismo biológico. En él sostiene Darwin que las transformaciones de los seres vivos ocurridas a lo largo del tiempo fueron adaptaciones que los organismos cumplieron llevados por la necesidad de sobrevivir dentro de un medio ambiente en constante cambio; en esta lucha sólo salieron victoriosos los más aptos, es decir, aquellos que supieron conformar mejor sus funciones a las exigencias del ambiente. Estos principios de selección natural y de lucha por la supervivencia del evolucionismo biológico se aplicaron en seguida al plano moral, histórico y social. Ya antes de la aparición de la obra de Darwin, Herbert Spencer (1820-1903) había sostenido en sus Principios de psicología (1857) el evolucionismo en el ámbito natural y en el cultural. La contribución científica de Darwin robusteció su teoría. El objeto de la filosofía fue para Spencer el conocimiento de la evolución en todos los planos de la realidad partiendo de la ley universal de la evolución: "La integración de la materia y la desaparición concomitante del movimiento por la cual la materia pasa de un estado de homogeneidad indeterminada e incoherente a un estado de heterogeneidad determinada y coherente". Alcanzado este estado de equilibrio se produce una nueva desintegración y así sucesivamente. El mundo, entonces, está en continua evolución, en constante cambio, entendido a la vez como un progreso y como un proceso.

Wilde según Borges

... Fue periodista, fue médico, fue ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública, fue Presidente del Departamento de Higiene, fue Ministro Plenipotenciario, fue autor de muchas páginas quizá inmortales y hasta de un folleto sobre álgebra y otro sobre gramática: habilidosa y viva universalidad, más parecida a la de Quevedo que a la especulativa de Goethe. Consiguió honores improbables: la sociedad *Unione e Benevolenza* le dio un diploma, la Academia Nacional de Medicina de Río de Janeiro le puso un collar de oro al pescuezo, S. M. el Sha le confirió la Gran Cruz del Sol y del León. Insisto adrede sobre estas aparentes farolerías para evidenciar qué clase de hombre fue Eduardo Wilde. Hay hombres soslayados y chúcaros... cuya total aventura humana es la de su obra: hay otros de vida cargada, cuya escritura es apenas un rato largo, un episodio de sus pobladísimos días. Wilde fue uno de ellos.

... No quiero insinuar que la veracidad literaria es una ficción; quiero evidenciar lo difícil que es y lo acertado de nuestra gratitud a quienes la alcanzan. Indesmentiblemente, la alcanzó Wilde. Perteneció a esa especie ya casi mítica de los prosistas criollos, hombres de finura y de fuerza, que manifestaron hondo criollismo sin dragonear jamás de paisanos ni de compadres, sin amalevarse ni agaucharse, sin añadirse ni una pampa ni un comité. Fue todavía más: fue un gran imaginador de realidades experienciales y hasta fantásticas: Su Alma callejera, su Primera noche de cementerio, su realización de lo poética que es la ubicuidad de la lluvia, son generosidades de la literatura de esas que se igualan difícilmente.

Jorge Luis Borges,
El lenguaje de los argentinos



Eduardo Wilde como enviado diplomático en los Estados Unidos (1900)

por ejemplo, la realidad cobra una dimensión desproporcionada al presentar consecuencias de un suceso sin correlato causal primero, y luego con contrastes inopinados que conectan las variaciones de una bronquitis con la historia argentina. La originalidad de sus comparaciones, metáforas y aposiciones sustantivas procede muchas veces de este recurso ("seriedad náutica", "Costilla boreal", etcétera). A esta relativización se une una desjerarquización de la realidad. Acostumbra a colocar a igual nivel lo humano y lo animal: los vacunos se pasean como "hombres gordos y municipales", él mismo da las características de sus personalidad a través de *Bilde* —nombre de similar pronunciación a la de su apellido—, su caballo, mientras éste se comporta como un ser humano: "Mi caballo en su presencia tomó tal actitud que a mí me parece verlo tirarse los cuellos, acomodarse la corbata, mirar si sus pantalones hacían arrugas...". Los hombres célebres son tratados por Wilde con la familiaridad que usa para sus vecinos de Tupiza, y Dios ha cometido para él tantos errores en la Creación como cualquier humano, "... Si el Creador del Universo fue poco previsor al hacer la distribución del cloruro de sodio y cometió otros errores, tales como el de no ponernos uno o dos ojos en la nuca y hacer llover en el mar, lo que es realmente una tontera, en cambio ha hecho otras cosas muy agradables y muy buenas: la religión, por ejemplo, y las ostras frescas!" ("Mar afuera" de *Prometeo y Cia.*) Esta desjerarquización incluye al paisaje, a los objetos considerados valiosos por el hombre, especialmente el arte —basta revisar sus páginas sobre la Venus de Milo, las madonnas del Renacimiento o la iglesia de San Pedro de la que dice que "ha sido hecha de retazos como colcha de piquitos"— y a la romántica luna.

Estos dos recursos —de relativización y desjerarquización de la realidad—

característicos de Wilde, son también característicos del humorismo.

El mismo se autodefine como humorista en su carta a Martín Aldao (*Obras completas*, v. X., *Cosas mías y ajenas*); "(el) *humour sarcástico*, pero bondadoso, que es quizás un defecto de lo que escribo y en donde se muestra mi idiosincracia literaria". Distingue el *humour* ("...una filosofía sarcástica, profunda y amena a la vez...") de lo festivo, y considera que "Aun en medio de la aflicción más grande, como en todas las escenas de la vida, hasta en las más trágicas, hay siempre un detalle risible...".

Wilde repite muchas veces que se ve como si él fuera otro. Este desdoblamiento lo revela con frecuencia como un ser distinto del frío y descreído que los demás y él mismo creen ver en él... Incluso, su pudor del sentimiento se quiebra muchas veces: cuando recuerda la muerte de su hermana Vicentita, y en "Tini" —uno de sus cuentos más logrados— cuando el niño que el lector ha sentido nacer y crecer muere víctima de difteria.

El humorismo de Wilde se basa más en la ridiculización de lo aparentemente noble que en la nobleza de lo ridículo. Aunque pueda sostenerse esta última actitud, ya que muchas veces recurre a la ingenuidad del ser considerado más inocente, los niños o los animales, para valorizar sentimientos o ideas que aparecen como más adecuadas que las del adulto. Su humorismo, que es generalmente sarcástico, desemboca muchas veces en el humor negro. En su cuento "Sin rumbo", Wilde describe el suburbio porteño, que ingresa especialmente con la novela naturalista a nuestra literatura. La coincidencia de Eduardo Wilde con esta tendencia no pasa del común título con la novela de Cambaceres y de este interés por el arrabal. Tanto Wilde como Cané aparecen ajenos en sus obras al naturalismo que tiñe la novela argentina en el último cuarto del siglo XIX.



Recepción al presidente electo Roque Sáenz Peña en la embajada argentina en España, en 1910 (se observan Eduardo Wilde, a la izquierda, Sáenz Peña, y la infanta Isabel)

Bibliografía Básica

DE MIGUEL CANE:

Ensayos. Buenos Aires, 1876.

En viaje. París, 1884. 2ª ed. Buenos Aires, 1901.

Juvenilia. Viena, Carlos Gerold, 1884, 2ª ed. Buenos Aires, 1901.

Charlas literarias. Sceaux, 1885.

Notas e impresiones. Buenos Aires, Arnoldo Moen, 1901.

Shakespeare, W., *Enrique IV.* Traducción de Miguel Cané. Buenos Aires, Arnoldo Moen, 1900.

Prosa ligera. Buenos Aires, A. Moen, 1903.

Discursos y conferencias. Buenos Aires, La Cultura Argentina, 1919.

SOBRE MIGUEL CANE:

Castagnino, Raúl H., *Miguel Cané; cronista del ochenta porteño.* Buenos Aires, Oeste, 1952.

Castro, Américo, "Introducción" en su edición crítica de *Juvenilia.* Buenos Aires, Ediciones Estrada, 1958. 9ª ed.

Coronado, Nicolás, "La personalidad literaria de Miguel Cané". En *Charlas literarias.* Buenos Aires, La Cultura Argentina, 1917.

García Mérou, Martín, *Recuerdos literarios.* Buenos Aires, La Cultura Argentina, 1915.

Chiano, Juan Carlos, *Constantes de la literatura argentina.* Buenos Aires, Rial, 1953.

Montero, Belisario J., *Miguel Cané; impresiones y recuerdos.* Buenos Aires, G. Ricordi y Cía. editores, 1928.

Pagés Larraya, Antonio, "Juvenilia; un título y una actitud en nuestra literatura". *La Nación*, 21 de febrero de 1960.

Prieto, Adolfo, *La literatura autobiográfica argentina.* Santa Fe, Universidad, Facultad de Filosofía y Letras, s. f.

Quesada, Ernesto, "Introducción". En Miguel Cané, *En viaje.* Buenos Aires, La Cultura Argentina, 1937, 3ª ed.

Quesada, Ernesto, "Introducción". En Miguel Cané, *Notas e impresiones.* Buenos Aires, La cultura argentina, 1918.

Rojas, Ricardo, *La literatura argentina.* Buenos Aires, Roldán y Cía., 1925. V. Los Modernos, cap. XVI.

Sáenz Hayer, Ricardo, *Miguel Cané y su tiempo (1851-1905).* Buenos Aires, Guillermo Kraft, 1955.

Viñas, David, *Literatura argentina y realidad nacional.* Buenos Aires, Jorge Alvarez, 1964.

DE EDUARDO WILDE:

Tiempo perdido. Buenos Aires, Sociedad anónima de tipografía, litografía y fundición de tipos a vapor, 1878, 2 v.

Viajes y observaciones; cartas a "La Vía Prensa". Buenos Aires, Imprenta Biedma, 1892. 2 v.

Por mares y por tierras. Buenos Aires, J. Peuser, 1899.

Prometeo y Cía. Buenos Aires, J. Peuser, 1899. 2ª ed. en el mismo año y con igual editor aumentada y con importantes variantes respecto de la 1ª.

Aguas abajo. Buenos Aires, Peuser, 1914. *Obras completas.* Buenos Aires, París, varios editores (Peuser, Crété-Corbeil, Impr. Belmondo), 1914-1919. Contenido: v. 1-6: Científicas; v. 7-17: Literarias (v. 7, *Recuerdos, recuerdos...*; v. 8, *Artículos de carácter político*; v. 9, *Cartas de presidentes*; v. 10, *Cosas mías y ajenas*; v. 11, *Tiempo perdido*; v. 12 y 13, *Viajes y observaciones*; v. 14 y 15, *Por mares y por tierras*; v. 16, *Prometeo y Cía.*; v. 17, *Aguas abajo*); v. 18-19, *Gobierno y administración.*

SOBRE EDUARDO WILDE:

Ara, Guillermo, "Introducción", en Wilde, Eduardo, *Aguas abajo.* Buenos Aires, Huemul, 1964.

Borges, Jorge Luis, *El idioma de los argentinos.* Buenos Aires, Gleizer, 1928. p. 155-172.

Cowes, Hugo W., "Sentido de la pers-

pectiva en un texto literario de Eduardo Wilde". En *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, 5ª época, a. 1, n° 4, oct.-dic. 1956, p. 503-525.

Echagüe, Juan Pablo, *Escritores de la Argentina.* Buenos Aires, Emecé, 1945.

Escardó, Florencio, *Eduardo Wilde.* Buenos Aires, Lautaro, 1943. 2ª ed., Buenos Aires, S. Rueda, 1959.

Gori, Gastón, *Eduardo Wilde.* Santa Fe, Fondo Editorial de la Municipalidad, 1962.

Méndez Calzada, Enrique, *Pro y contra.* Buenos Aires, Jesús Menéndez, 1930.

Monner Sans, José María, "Eduardo Wilde". En Wilde, Eduardo, *Páginas escogidas.* Buenos Aires, Estrada, 1939.

Palisa Mujica de Lacau, María H.-Manacorda de Rosetti, Mabel, "Eduardo Wilde y el modernismo". En *Expresión*, Buenos Aires, a. 1, t. 2, n° 4, marzo 1947, p. 16-29.

Ponce, Aníbal, *La vejez de Sarmiento.* Buenos Aires, H. Matera, 1951.

Prieto, Adolfo, *Literatura autobiográfica argentina.* Santa Fe, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad del Litoral, s. f.

Weinberg, Félix. "Prólogo". En Wilde, Eduardo, *Escritos literarios.* Buenos Aires, Hemisferio, 1952.

El lector interesado en la producción periodística de Wilde —no recogida en sus obras completas— o en mayores detalles acerca de su producción total o en la bibliografía sobre este autor puede consultar el excelente trabajo de investigación bibliográfica realizado por Yolanda H. Buffa Peyrot con el auspicio del Fondo Nacional de las Artes. Con esta bibliografía dicha institución agrega una nueva contribución al estudio de las letras argentinas, tan seria, minuciosa y útil como las anteriormente publicadas. Citaremos los datos completos:

Buffa Peyrot, Yolanda H., *Contribución a la biografía de Eduardo Wilde.* Buenos Aires, Fondo Nacional de las Artes, 1967. Bibliografía Argentina de Artes y Letras, Compilación especial n° 31.



"Margot" - Eduardo Schiaffino (en el Museo Nacional de Bella Artes).

CAPITULO

La historia de la literatura argentina

Todas las semanas aparece una nueva entrega, que consta de un fascículo y un libro. Cada fascículo da un panorama completo de un autor o un período; el libro correspondiente da una obra completa o una antología representativa de dicho autor o período. Los fascículos en su conjunto constituirán la "Historia de la literatura argentina" propiamente dicha; los libros constituirán la "Biblioteca Argentina Fundamental". La obra íntegra —Historia más Biblioteca— se publicará en 56 semanas. He aquí el plan de la obra.

ENTREGA	FASCICULO	LIBRO
1	Introducción: Los orígenes	Martín Fierro - J. Hernández - 192 págs.
2	Introducción: El desarrollo	La gallina degollada y otros cuentos - H. Quiroga - 128 págs.
3	Introducción: Los contemporáneos	El perseguidor y otros cuentos - J. Cortázar - 144 págs.
Primera parte		
4	Epoca colonial: del Renacimiento al Barroco	Los fundadores - Antología - 96 págs.
5	Epoca colonial: la Ilustración y el Seudoclasicismo	La literatura virreinal - Antología - 120 págs.
6	La época de Mayo	La lira argentina - 96 págs.
7	Nacimiento de la poesía gauchesca	Cielitos y diálogos patrióticos - Hidalgo - 80 págs.
8	La época de Rosas y el romanticismo	La época de Rosas - Antología - 120 págs.
9	Echeverría y la realidad nacional	El matadero y La cautiva - Echeverría - 120 págs.
10	El nacimiento de la novela: Mármol	Amalia (primera parte) - Mármol - 400 págs. (Vol. Esp.)
11	El nacimiento de la crítica: J. M. Gutiérrez	Amalia (segunda parte) - Mármol - 300 págs.
12	La prosa romántica: memorias, biografías, historia	Memorias del General Paz - Selección - 120 págs.
13	El ensayo en la época romántica	El ensayo romántico - Antología - 108 págs.
14	El ensayo: Domingo Faustino Sarmiento	Facundo - Sarmiento - 200 págs.
15	Desarrollo de la poesía gauchesca	Santos Vega - Ascasubi - Fausto - Del Campo - 108 págs.
16	José Hernández: el Martín Fierro	Escritos en prosa - Hernández - 92 págs.
17	La segunda generación romántica: la poesía	Versos románticos - Antología de Gutiérrez y Andrade - 120 págs.
18	Lucio V. Mansilla	Una excursión a los indios ranqueles (primera parte) - L. V. Mansilla - 320 págs. (Vol. Esp.)
19	La generación del ochenta: las ideas y el ensayo	Una excursión a los indios ranqueles (segunda parte) - L. V. Mansilla - 240 págs.
20	La generación del ochenta: la imaginación	La gran aldea - Lucio V. López - 160 págs.
21	La "prosa ligera" y la ironía: Cané y Wilde	Juvenilia - Cané - 124 págs.
22	El naturalismo: Eugenio Cambaceres	Sin rumbo - Cambaceres - 144 págs.
23	Los últimos románticos	Antología poética - Guido y Spano y Obligado - 96 págs.

FASCICULOS QUE APARECERAN POSTERIORMENTE:

Segunda parte: 24. La vuelta del siglo: Almafuerte - 25. El modernismo - 26. Leopoldo Lugones - 27. Modernismo y narrativa: Enrique Larreta - 28. Realismo y picaresca: Roberto J. Payró - 29. Modernismo y naturalismo: Horacio Quiroga - 30. Ricardo Güiraldes - 31. El teatro en la vuelta del siglo: Florencio Sánchez - 32. El teatro: Gregorio de Laferrere - 33. La poesía en el avance del siglo - 34. Feminismo y poesía: Alfonsina Storni - 35. La poesía de Enrique Banchs - 36. Fernández Moreno: el sencillismo - 37. Realismo tradicional: narrativa urbana - 38. Realismo tradicional: narrativa rural - 39. El movimiento de **Martín Fierro** - 40. Florida y la vanguardia - 41. Boedo y el tema social - Tercera parte: 42.

La novela moderna: Roberto Arlt - 43. Madurez del teatro: Samuel Eichelbaum - 44. El ensayo moderno: Ezequiel Martínez Estrada - 45. La crítica moderna - 46. Intelectualismo y existencialismo: Mallea - 47. La novela experimental: Marechal - 48. La narrativa fantástica: Borges - 49. La poesía: la generación del 40 - 50. La poesía social después de Boedo - 51. Desarrollo de la narrativa: la generación intermedia - 52. La generación intermedia en teatro: los teatros independientes - 53. La generación del 55: los narradores - 54. Las nuevas promociones: el ensayo - 55. Las nuevas promociones: la novela; la poesía - 56. Índice general.

Oportunamente se suministrarán portadillas con títulos de tomos y capítulos para que los fascículos puedan encuadernarse. La Dirección se reserva el derecho de sustituir cualquiera de los títulos anunciados.

Para el material gráfico del presente fascículo, se ha contado con la cortés colaboración del Archivo Gráfico de la Nación, de la Biblioteca Nacional y del Museo Histórico-Nacional.